

CAPITULO XII.

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustín de las Cuevas, y la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos.

Asi como se dice, que el sabio vence su estrella, se pudiera decir con mas seguridad que el hombre de bien con su conducta constantemente arreglada, domina casi siempre su fortuna por siniestra que sea.

Tal dominio experimenté yo, aun las ocasiones que observé un proceder honrado por hipocresía; bien que luego que traballaba y me descaraba con el vicio, volvian mis adversas aventuras como llovidas.

Desengañado con esta dolorosa y repetida observacion, traté de pensar seriamente, considerando que ya tenia mas de treinta y siete años; edad harto propia para reflexionar con juicio. Procuré manejarme con honor y no dar que decir en aquel pueblo.

Cada mes en un domingo venia á México, me confesaba con mi amigo Pelayo, y con él me iba despues á pasar al resto del dia en la casa y compañía de mi amo, quien me manifestaba cada vez mas confianza y mas cariño. A la tarde salia á pasear á la Alameda ó á otras partes.

¡Cuántas veces me decia Pelayo! Sal, expláyate, diviértete. No está la virtud reñida con la alegría ni con la honesta diversion. La hermosura del campo para recreo de los sentidos, y la comunicacion recíproca de los hombres por medio de la explicacion de sus conceptos para desahogo de sus almas, es bendita por el mismo Dios, pues su Magestad crió así la belleza, aromas, sabores, virtudes y matices de las plantas, flores y frutos, como la viveza, gracia, penetracion y sublimidad de los entendimientos, y todo lo hizo, crió y destinó para recreo y utilidad del hombre; y si nó ¡á qué fin seria dotar á las cria-

turas subalternas de bellezas, y al racional de espíritu para percibir las, si no nos habia de ser lícito ejercitar sobre ellas nuestro talento ni sentidos? Seria una creacion inútil por una parte, y por otra una tiranía que degradaria á la Deidad, pues probaria que habia criado entes espectables y deliciosos, y nos habia dotado de apetitos, prohibiéndonos la aplicacion de estos y la fruicion de aquellos. Pena que los gentiles hallaron digna de ser castigo infernal para los crueles y avaros como Tántalo, á quien concedieron la vista inmediata de las manzanas y el agua, que llegaban á su boca, y no podia satisfacer su sed ni su hambre.

Ya se ve que esto seria un absurdo pensarlo; pero, aunque sin malicia, no forman mejor concepto de la Divinidad los que creen que se ofende de nuestras diversiones inocentes.

El abuso y no el uso es lo que se prohíbe hasta en las obras de virtud. Yo tengo esta opinion por muy segura, y como tal te la aconsejo: *no peques y diviértete cuanto quieras*, porque Dios nos quiere santos; no monos, ridículos, hurones, ni tristes. Eso quédese para los hipócritas, que los justos en esta expresion del santo David, deben alegrarse y regocijarse en el Señor, y pueden muy bien cantar y saltar con su bendicion al son de la cítara, la lira y el salterio.

Frasas son estas conque el santo rey explica que Dios no quiere mustios ni zonzos. El yugo de la ley del Señor es suave, y su carga muy ligera. Cualquier cristiano puede gozar de aquella diversion que no sea pecaminosa ni arriesgada. Ninguna dejará de serlo, ni la asistencia á los templos, si el corazon está corrompido y mal dispuesto; y cualquiera no lo sera, aunque sea un baile y unas bodas, si asistimos á ellas con intencion recta, y con ánimo de no prevaricar. Las ocasiones son próximas y debemos huir los peligros cuando tenemos experimentada nuestra debilidad. Conque así diviértete, segun te dicte una prudente observacion.

Fiado en estos y otros muchos iguales documentos, me sa-

lia yo á pasear buenamente; y aunque encontraba á muchos de aquellos briboncillos que se habian llamado mis amigos, procuraba hacer que no los veia; y si no lo podia escusar, me desembarazaba con decirles que estaba destinado fuera de México y que me iba á la noche, con lo que perdian la esperanza de estafarme y seducirme.

En una de estas lícitas paseadas me habló á la mano un muchachito muy maltratado de ropa, pero bonito de cara, pidiéndome un socorro por amor de Dios para su pobre madre, que estaba enferma en cama y sin tener que comer.

Como estas palabras las acompañaba con muchas lágrimas y con aquella sencillez propia de un niño de seis años, lo creí, y compadeciéndome del estado infeliz que me pintó, le dije me llevara á su casa.

Luego que entré en ella ví que era cierto cuanto me dijo, porque en un cuarto, que llaman redondo (que era toda la casa) yacía sobre unos indecentes bancos de cama una señora como de veinticinco años de edad, sin mas colchion, sábanas ni almohada que un petate, una frazada y un envoltorio de trapos á la cabecera. En un rincon de la misma cama estaba tirado un niño como de un año, ético y extenuado, que de cuando en cuando estiraba los secos pechos de su débil madre exprimiéndole el poco jugo que podia.

Por el sucio aposentillo andaba una huerita de tres años, bonita á la verdad, pero hecha pedazos, y manifestando en lo descolorido de su cara el hambre que le habia robado lo rozagante de sus mejillas.

En el brasero no habia lumbre ni para encender un cigarro, y todo el ajuar era correspondiente á tal miseria.

No pudo menos que conmover mi sensibilidad una escena tan infeliz; y así sentándome junto á la enferma en su misma cama le dije: Señora, lastimado de las miserias que de vd. me contó este niño, determiné venir con él á asegurarme de su

verdad, y por cierto que el original es mas infeliz que el retrato que me hizo esta criatura.

Pero pues estoy satisfecho, no quiero que mi venida á ver á vd. le sea enteramente infructuosa. Dígame vd. quién es, qué padece, y cómo ha llegado á tan deplorable situacion; pues aunque con esta relacion no consiga otra cosa que disipar la tristeza que me parece la agovia, no será mal conseguir, pues ya sabe que nuestras penas se alivian cuando nos las comunicamos con confianza.

Señor, dijo la pobre enferma con una voz lánguida y harto triste: señor, mis penas son de tal naturaleza, que pienso que el referirlas, léjos de servirme de algun consuelo, renovará las llagas de que adolece mi corazon, pero sin embargo, seria yo una ingrata descortés si, aunque á costa de algun sacrificio, dejara de satisfacer la curiosidad de vd....

No, señora, le dije: no permita Dios que exigiera de vd. ningun sacrificio. Creia que la relacion de sus desdichas le serviria de refrigerio en medio de ellas; pero no siendo así, no se aflija. Tenga vd. esto poco que tengo en la bolsa y sufra con resignacion sus trabajos, afreciéndoselos al Señor, y confiando en su amplísima Providencia que no la desampará, pues es un Padre amante que cuando nos prueba nos amerita y premia, y cuando nos castiga es con suavidad, y aun así le queda la mano adolorida.

Yo tendré cuidado de que un sacerdote amigo mio venga á ver á vd. y le imparta los auxilios espirituales y temporales que pueda. Conque á Dios.

Diciendo esto, le puse cuatro pesos en la cama, y me levanté para salirme; mas la señora no lo permitió; antes incorporándose como mejor pudo en su triste lecho, con los ojos llenos de agua, me dijo: no se vaya vd. tan presto, ni quiera privarme del consuelo que me dan sus palabras. Suplico á vd. que se siente: quiero contarle mis desventuras, y creo que ya me será alivio el comunicarlas á un sugeto, que sin mérito

to mio manifiesta tanto interes en mi desgraciada suerte.

Yo me llamo Maria Guadalupe Rosana: mis padres fueron nobles y honrados, y aunque no ricos, tenian lo suficiente para criarme, como me criaron con regalo. Nada apetecia yo en mi casa: era querida como hija y contemplada como hija única. Así viví hasta la edad de quince años, en cuyo tiempo fué Dios servido de llevarse á mi padre, y mi madre no pudiendo resistir este golpe, lo siguió al sepulcro dentro de dos meses.

Seria largo de contar los muchos trabajos que sufrí y los riesgos á que se vió expuesto mi honor en el tiempo de mi horfandad. Hoy estaba en una casa, maña en otra, aquí me hacian un desaire, allí me intentaban seducir, y en ninguna encontraba un asilo seguro, ni una proteccion inocente.

Tres años anduve de aquí para allí, experimentando lo que Dios sabe, hasta que cansada de esta vida, temiendo mi perdicion y deseando asegurar mi honor y subsistencia, me rendí á las amorosas y repetidas instancias del padre de estas criaturas. Me casé por fin, y en cuatro ó cinco años jamás me dió mi esposo motivo de arrepentirme. Cada dia estaba yo mas contenta con mi estado; pero habrá poco mas de un año que mi dicho esposo, olvidado de sus obligaciones, y prendado de una buena muger que, como muchas, tuvo arte para hacerlo mal marido y mal padre, me ha dado una vida bastante infeliz, y me ha hecho sufrir hambres, pobrezas, desnudeces, enfermedades y otros mil trabajos, que aun son pocos para satisfaccion de mis pecados.

La disipacion de mi marido nos acarreó á todos el fruto que era natural: este fué la última miseria en que me ve vd. y él se mira.

Cuando fué hombre de bien sostenia su casa con decencia, porque tenia un cajoncito bien surtido en el Parian y contaba con todos los géneros y efectos de los comerciantes, en virtud del buen concepto que se tenia grangeado con su buena conducta; pero cuando comenzó á extraviarse con la compa-

ña de sus malos amigos, y cuando se aficionó de su otra señora, todo se perdió por momentos. El cajoncito bajó de crédito con su ausencia: el cajero hacia lo que queria, fiado en la misma; porque mi esposo no iba al Parian sino á sacar dinero, y no á otra cosa: la casa nuestra estaba de lo mas desatendida, los muchachos abandonados, yo mal vista, los criados descontentos y todo dado á la trampa.

Es verdad que cuando á mí me pagaba casa de á diez pesos, y me tenia reducida á dos túnicos y á seis reales de gasto, tenia para pagar á su dama casa de veinte, dos criadas, mucha ropa, y abundantes paseos y diversiones; pero así salió ello.

Al paso que crecian los gastos se menoscababan los arbitrios. Dió con el cajon al traste prontamente, y la señorita en cuanto lo vió pobre, lo abandonó y se enredó con otro. A seguida, vendió mi marido la poca ropa y ajuar que le habia quedado, y el casero cargó con el colchon, el baúl y lo poco que se habia reservado, echándonos á la calle, y entónces no tuvimos mas recurso que abrigarnos en esta húmeda, indecente é incómoda accesoría.

Pero como cuando los trabajos acometen á los hombres llegan de tropel, sucedió que los acreedores de mi marido, sabedores de su descubierto, y satisfechos de que habia disipado el principal en juegos y bureos, se presentaron y dieron con él en una prision donde lo tienen hasta que no les facilite un fiador de seis mil pesos que les debe. Esto es imposible, pues no tiene quien lo fie ni en seis reales, ni aun sus amigos, que me decia que tenia muchos, y algunos con proporciones; aunque ya se sabe que en el estado de la tribulacion se desaparecen los amigos.

La miseria, la humedad de esta incómoda habitacion, y el tormento que padece mi espíritu, me han postrado en esta cama no sé de qué mal, pues yo que lo padezco no lo conozco: lo cierto es que creo que mi muerte se aproxima por instantes, y esta infeliz chiquita espirará primero de hambre, pues no

tienen mis enjutos pechos con que alimentarla: estas otras dos criaturas quedarán expuestas á la mas dolorosa horfandad: mi esposo entregado á la crueldad de sus acreedores, y todo sufrirá el trágico fin que le espera.

Esta, señor, es mi desgraciada historia. Ved si con razon dije que mis penas son de las que no se alivian con contarlas. ¡Ay esposo mio! ¡Ay Anselmo, á que estado tan lamentable nos condujo tu desarreglado proceder....

Perdone vd. señora, le dije: ¿quién es ese Anselmo de quien vd. se queja?—Quien ha de ser, señor, sino mi pobre marido, á quien no puedo dejar de amar por mas que alguna vez me fuera ingrato.

Ese es un carácter noble, le dije, y á seguida me informé y quedé plenamente satisfecho de que su marido era aquel mi amigo Anselmo, que no me conoció, ó no me quiso conocer cuando imploré su caridad en medio de mi mayor abatimiento; pero no acordándome entonces de su ingratitud, sino de su desdicha y de la que padecia su triste é inocente familia, procuré aliviarla con lo que pude.

Consolé otra vez á la pobre enferma: hice llamar á una vieja vecina que la queria mucho y solia llevarle un bocadito al medio dia, y ofreciéndole un buen salario se quedó allí sirviéndola con mucho gusto.

Salí á la calle, ví á mi amo, le conté el pasage, le pedí dinero á mi cuenta, lo hice entrar en un coche y lo llevé á que fuera testigo de la miserable suerte de aquellas inocentes víctimas de la indigencia.

Mi amo, que era muy sensible y compasivo, luego que vió aquel triste grupo de infelices, manifestó su generosidad y el interes que tomaba en su remedio.

Lo primero que hizo fué mandar llamar un médico y una chichigua, para que se encargasen de la enferma y de la criatura. En esa noche envió de su casa colchon, sábanas, al-

mohadas y varias cosas que urgian con necesidad á la enferma.

No me dejó ir á S. Agustin por entonces, y al dia siguiente me mandó buscar una viviendita en alto. La solicité con empeño, y á la mayor brevedad mudé á ella, á la señora y á su familia.

Con el dinero que pedí, habilité de ropa á los chiquillos, y no restando mas que hacer por entonces, me despedí de la señora, quien no se cansaba de llenarme de bendiciones y dar agradecimientos á millares. Cada rato me preguntaba por mi nombre y lugar donde vivia. Yo no quise darle razon, porque no era menester; antes le decia que aquella gratitud la merecia mi amo, que era quien la habia socorrido, pues yo no era sino un débil instrumento de que Dios se habia servido para el efecto.

Sin embargo, decia la pobre toda enternecida, sin embargo de que ese caballero haya gastado mas que vd. en nuestro favor, vd. ha sido la causa de todo. Sí, vd. le habló, vd. lo trajo y por vd. logramos tantos favores. El es un hombre benéfico, no lo dudo, ni soy capaz de agradecerle ni pagarle lo bueno que ha hecho conmigo y mis criaturas; pero vd. es á mas de benéfico, generoso, pues gasta con liberalidad siendo un dependiente, y.... Ya está, señora, ya está, le dije: restablézcase vd. que es lo que nos importa, y á Dios hasta el domingo.—¿Viene vd. el domingo á verme y á sus hijos?—Si señora, vengo. Les compré fruta á los muchachitos, los abracé y me despedí no sin lágrimas en los ojos por la ternura que me causó oirme llamar de papá por aquellos inocentes niños, que no sabian como manifestarme su gratitud sino apretándome las rodillas con sus bracitos y quedándose llorando rogándome que no me fuera. Trabajo me costó desprenderme de aquellas agradecidas criaturas; pero por fin me fuí á mi destino, reencargándolas á mi amo y á Pelayo.

Al domingo siguiente vine sin falta. No estaba mi amo en casa, y así en cuanto dejé el caballo fui á ver como estaba la enferma y sus niños; pero ¡cuál fué mi gusto cuando la hallé muy restablecida y aseada, jugando en el estrado con sus niños! Tan entretenida estaba con esta inocente diversion, que no me habia visto, hasta que diciéndole yo: me alegró mucho, señorita, me alegró: alzó la cara, me vió y conociéndome, se levantó, y llena de un entusiasmo imponderable y de un gozo que le robosaba por sobre la ropa, comenzó á gritar: Anselmo, Anselmo: ven breve, ven á conocer al que deseas. Anda, ven: aquí está nuestro amigo, nuestro bienhechor y nuestro padre. Los niños se rodearon de mí, y estirándome de la capa me llevaron al estrado al tiempo que salió de la recámara Anselmo.

Sorprendióse al verme, fijó en mí la vista, y cuando se satisfizo de que yo era el mismo Pedro á quien habia despreciado y tratado de calumniar de ladron, luchando entre la gratitud y la vergüenza, queria y no queria hablarme: mas de una vez intentó echarme los brazos al cuello, y dos veces estuvo para volverse á la recámara.

En una de estas, mirándome con ternura y rubor, me dijo: Señor.... yo agradezco.... y no pudiendo pronunciar otra palabra bajó los ojos. Yo conociendo el contraste de pasiones con que batallaba aquel pobre corazon, procuré ensancharlo del mejor modo; y así tomando á mi amigo de un brazo, y estrechándolo entre los míos, le dije: ¡qué señor ni que droga! ¡No me conoces, Anselmo? ¡No conoces á tu antiguo amigo Pedro Sarmiento? ¡Para qué son esas extrañezas ni esas vergüenzas con quien te ha amado tanto tiempo? Vamos; depon ese rubor, reprime esas lágrimas, y reconoce de una vez que soy tu amigo.

Entonces Anselmo que habia estado oyéndome con la cabeza reclinada sobre mi hombro izquierdo, alentado con mis palabras, alzó la cara, y volviéndose á su esposa le dijo: ¡y tú

sabes, querida mia, quien es este hombre benéfico que tanto nos ha favorecido? No, no he tenido el gusto de saberlo, dijo la señora: solo reconozco en él un singular bienhechor, á quien todos debemos la vida, la subsistencia y el honor.—Pues sábette, hija mia, que este señor es D. Pedro Sarmiento, mi antiguo amigo, á quien debí mil favores, y á quien le correspondí con la mayor villanía en las circunstancias mas críticas en que necesitaba mis auxilios.

Hincose á este tiempo, y abrazándome tiernamente me decia: Perdóname, querido Pedro: soy un vil y un ingrato; mas tú eres caballero y el único hombre digno del dulce título de amigo. Desde hoy te reconoceré por mi padre, por mi libertador y por el amparo de mi esposa y de mis hijos, á quienes hice desgraciados por mis excesos. No te acuerdes de mi ingratitud: no paguen estos inocentes lo que yo solo merecí.... seremos tus esclavos.... nuestra dicha consistirá en servirte.... y....

Por Dios, Anselmo: basta, le dije, levantándolo y apretándolo en el pecho. Basta, soy tu amigo, y lo seré siempre que me honres con tu amistad. Serénate y hablemos de otra cosa. Acaricia á tus niños que lloran porque te ven llorar. Consuela á esta señora que te atiende entre la afliccion y la sorpresa. Yo no he hecho sino cumplir en muy poco con los naturales sentimientos de mi corazon. Cuando hice lo que pude por tu familia, fué condolido de su infeliz situacion, y sabiendo que era tuya, cuya sola circunstancia sobraba para que cumpliendo con los deberes de la amistad, hiciera en su obsequio lo posible. Pero despues de todo, Dios es quien ha querido socorrerte; dale á su Magestad las gracias y no vuelvas á acordarte de lo pasado por vida de tus niños.

Quería yo despedirme, pero la señora no lo consintió: tenia el almuerzo prevenido, y me detuvo á almorzar.

Nos sentamos juntos muy gustosos, y en la mesa me informaron como Pelayo y mi amo habian desempeñado tan bien mi en-

cargo, que no contentes con socorrer á la enferma y su familia, solicitaron á los acreedores de Anselmo, y á pesar de hallar á algunos inexorables, rogaron tanto y se empeñaron tanto, que al fin consiguieron la remision de la deuda hasta mejora de fortuna; y para que Anselmo pudiera sostener á su familia, lo colocó mi amo de mayordomo en una de sus haciendas, á donde debia partir luego que se acabara de restablecer su esposa.

Estas noticias me colmaron de gozo, considerando que Dios se habia valido de mí para hacer feliz á aquella pobre familia, á la que di los plácemes, y luego me despedí de todos entre mil abrazos, lágrimas y cariñosas expresiones.

A mi amo y á Pelayo les di tambien muchos agradecimientos por lo que habian hecho, y á la tarde me volví á mi destino, sintiendo no sé que dulce satisfaccion en mi corazon por el mucho bien que habia resultado á aquella triste familia por mi medio. La contemplaba dentro de ocho dias tan otra de como la habia hallado. Ella, decia yo entre mí, estaba sepultada en la indigencia. El padre, entregado sin honor y sin recurso á la voracidad de sus acreedores, y confundido con la escoria del pueblo en un lóbrego calabozo: su muger con el espíritu atormentado y desfallecida de hambre en una accesoría indecente: las criaturas desnudas, flacas y expuestas á morir-se ó á perderse, y ahora todo ha cambiado de semblante. Ya Anselmo tiene libertad: su esposa salud y marido: los niños, padre, y todos entre sí disfrutan los mayores consuelos. ¡Bendita sea la infinita Providencia de Dios que tanto cuidado tiene de sus criaturas! y ¡bendita la caridad de mi amo y de Pelayo, que arrancó de las crueles garras de la miseria á esta familia desgraciada, y la restituyó al seno de la felicidad en que se encuentra! ¡Cómo se acordará el Todopoderoso de esta accion para recompensarla con demasia en la hora inevitable de su muerte! ¡Con qué indelebles caracteres no estarán escritos

en el libro de la vida los pasos y gastos que ambos han dado y erogado en su obsequio! ¡Qué felices son los ricos que emplean tan santamente sus monedas y las atesoran en los sacos que no corroe la polilla! ¡Y de qué dulces placeres no se privan los que no saben hacer bien á sus semejantes! Porque la complacencia que siente el corazon sensible cuando hace un beneficio, cuando socorre una miseria ó de cualquier modo enjuga las lágrimas del afligido, es imponderable, y solo el que la experimenta podrá, no pintarla dignamente, pero á lo menos bosquejarla con algun colorido.

No hay remedio: solo los dulces transportes que siente la alma cuando acaba de hacer un beneficio, deberian ser un estímulo poderoso para que todos los hombres fueran benéficos, aun sin la esperanza de los premios eternos. No sé como hay avaros, no sé como hay hombres tan crueles que teniendo sus cofres llenos de pesos, ven perecer con la mayor frialdad á sus desdichados semejantes. Ellos miran con ojos enjutos la amarillez con que el hambre y la enfermedad pintan las caras de muchos miserables: escuchan como una suave música los ayes y gemidos de la viuda y el pupilo: sus manos no se ablandan aun regadas con las lágrimas del huérfano y del oprimido. . . . en una palabra, su corazon y sus sentidos son de bronce; duros, impenetrables ó inflexibles á la pena, al dolor del hombre y á las mas puras sensaciones de la naturaleza.

Es verdad que hay mendigos falsos y pobres á quienes no se les debe dar limosna; pero tambien es verdad que hay muchos legítimamente necesitados, especialmente entre tantas familias decentes, que con nombre de vergonzantes gimen en silencio y sufren escondidas sus miserias. A estas debia buscarse para socorrerse, pero estas son á las que menos se atiende por lo comun.

Entretenido en estas serias consideraciones, llegué á S. Agustín de las Cuevas.

En el tal pueblo procuré manejarme con arreglo, haciendo el bien que podia á cuantos me ocupaban, y grangeándome de esta suerte la benevolencia general.

Así como me sentia inclinado á hacer bien, no me olvidé de restaurar el mal que habia causado. Pagué quanto debia á los caseros y al tio abogado; aunque no volví á admitir la amistad de este ni de otros amigos ingratos, inteseresables y egoistas.

Tuve la satisfaccion de ver á mi amo siempre contento y descansando en mi buen proceder, y fuí testigo de la reforma de Anselmo y felicidad de su familia, pues la hacienda en que estaba acomodado se me entregó en administracion.

Solo al pobre trapiento no lo hallé por mas que lo solicité para pagarle su generoso hospedage, lo mas que conseguí fué saber que se llamaba Tadeo.

Tampoco hallé á nana Felipa la fiel criada de mi madre ni á otras personas que me favorecieron algun dia. De unas me dijeron que habian muerto, y de otras que no sabian su paradero; pero yo hice mis diligencias por hallarlas.

Continuaba sirviendo á mi amo y sirviéndome á mí en mi triste pueblo, muy gustoso con la ayuda de un cajero fiel que tenia acomodado, hombre muy de bien, viudo, y que segun me contaba, tenia una hija como de catorce años en el colegio de las Niñas.

Descansaba yo enteramente en su buena conducta y lo procuraba grangear por lo útil que me era. Llamábase D. Hilario, y le daba tal aire al trapiento, que mas de dos veces estuve por creer que era el mismo, y por desengañarme le hacia dos mil preguntas, que me respondia ambigua ó negativamente, de modo que siempre me quedaba en mi duda, hasta que un impensado accidente proporcionó descubrir quien era en realidad este sugeto.